

cochero y su lacayo, sale por Rusia, cuya sociedad casi entera, con sus vicios, sus miserias, sus ridiculeces de toda clase, desfila por las páginas del libro. «¡Dios mío, qué triste es Rusia!», exclamó Puchkine al concluir de leerlo. La pintura es de una verdad y un vigor maravillosos: no hay repliegue ni rincón de la vida que se oculte á la mirada escrutadora de Gogol, que en *Las almas muertas* revela un poder de reproducción plástica incomparable, siendo su lenguaje alternativamente popular, elocuente, preciso, como la imagen, ó fugitivo, como el ensueño.

Las almas muertas eran la condenación de la Rusia actual. Gogol parecía no haberse percatado de ello; Bielinski y Herzen se lo hicieron comprender. Entonces asustado, protestó contra las conclusiones, prematuras á su juicio, que se sacaban de su obra. Debía ésta de tener tres partes, y era calumniar á su patria suponer que estaba retratada toda ella en la primera, cuando en las dos siguientes se descubrirían otros aspectos de belleza ideal. Anunció también que iba á publicar algunos extractos de su correspondencia, á modo de explicación que ofrecía á sus lectores. «Da tus asuntos de lado, escribióle en mil ochocientos cuarenta y seis su amigo Pletnief, y ocúpate de este libro. Todos tienen necesidad de él.» El libro, anunciado como una especie de revelación ó evangelio nuevo, apareció al año siguiente, produciendo cruel decepción. Sin renegar abiertamente de su última composición, antes bien invocándola para reivindicar el dón y la autoridad de profeta, Gogol destruía su sentido queriendo hacer la apología del régimen político, social y religioso que existía en Rusia, celebrando al «Czar de amor», cuyo poder absoluto templaba la dureza de la ley y curaba los males exasperados del pueblo, y burlándose de las vanas concepciones de los filántropos de Occidente, contra quienes apelaba á la Iglesia nacional, única inspiradora legítima del bien y la virtud. Las «Cartas á mis amigos», que así se llamaba la publicación á que nos referimos, contenía una especie de testamento literario, en que el autor declaraba su propósito de no escribir más; pues pensaba consagrarse en lo sucesivo á la investigación de la verdad, en bien de su alma y en bien de sus semejantes.

No obstante este adiós á las letras, Gogol continuó *Las almas muertas*, leyendo la segunda parte á sus amigos, cuyas esperanzas fueron defraudadas. Disgustado, rompió el manuscrito; volvió á empezar, y tornó á romper. A poco, hizo un auto de fe con todos sus libros y papeles, salvándose de la destrucción algunos fragmentos de dicha segunda parte, que se publicaron después de la muerte de su autor. En mil ochocientos cuarenta y ocho fué á Jerusalén, regresando en un estado de exaltación difícil de describir. En lo sucesivo, erró de una parte á otra, llevando consigo una pequeña balija, atestada de folletos y artículos de periódicos: era toda su hacienda. Sufría accesos periódicos de fiebre y crisis de alucinación. En mil ochocientos cincuenta y dos murió, agotadas sus fuerzas por la oración y los ayunos, diciendo alguien que fué hallado sin vida al pie de unas

santas imágenes, sitio en donde solía pasar las noches. Gogol es, como ya sabemos, el introductor del realismo en la novela rusa. Sus declaraciones en este punto son muy explícitas. «Bien os entiendo, caros lectores, dice en una de sus cartas, y bien sé lo que pensáis allá para vuestro sayo: maldita la gracia que os hace ver la miseria humana, patente y desnuda, y murmuráis entre vosotros: ¿á qué viene semejante exhibición?.... ¿Está bien que tales cosas se saquen á luz?.... ¿Y qué dirán los extranjeros? Es muy triste que se forme mal concepto de vosotros.» Otra vez se expresa del modo siguiente: «Los que han analizado mis facultades de escritor no han sabido discernir mi cualidad principal. Sólo la notó Puchkine, quien solía decir que ningún autor tiene en tanto grado como yo el dón de poner de realce la trivialidad de la vida, de describir la mezquindad de un sér insignificante, de patentizar y revelar á los lectores las infinitesimales menudencias que no distinguen sus ojos. En efecto, por ahí despunto. El lector se subleva contra la pequeñez y baja de mis héroes.... Ya me hubieran absuelto si describiese unos bribones muy pintorescos y dramáticos....»

Gontcharof y Grigorowitch son los herederos directos de Gogol en la novela. Pintando las costumbres de la aristocracia y las de la clase media, Grigorowitch carece de precisión en las líneas y no reparte en la debida proporción los efectos de sombra y luz; pero describiendo escenas de la vida popular, raya á considerable altura. Atacó, antes que Turguenef y más directa y ostensiblemente que este último, la odiosa institución de la servidumbre. Gontcharof es el autor de *Oblomof*, feliz personificación de la apatía genérica que ha sido y es todavía, en Rusia, producto común de las condiciones morales y materiales de la existencia nacional; pero que alcanzó su máximo desarrollo en el seno de la *barchchina*, en el mundo de los propietarios rurales anterior á la abolición de la servidumbre. El primer volumen de la novela es el mero relato de la resistencia opuesta por el protagonista á las diversas sollicitaciones que conspiran para hacerle abandonar el lecho, y después, el blando diván en donde, entregado á su pereza y egoísmo incurables, se entretiene en fantasear planes, que sabe bien no ha de intentar nunca poner por obra. En el segundo volumen, publicado diez años después de haber visto la luz el primero, Oblomof encuentra la mujer-tipo de la novela rusa, el sér todo inteligencia, ternura é iniciativa, que intenta hacer salir de su molicie á aquel holgazán empecatado. Olga, que este es el nombre de la presunta redentora, parece que va á triunfar en su empeño; pero los órganos de la volición y la actividad que pone en movimiento en Oblomof, resultan estar completamente atrofiados, y el joven vuelve á su abandono y á su *far niente*. La primera parte de esta novela gustó poco. El autor inauguraba en ella ese procedimiento de descripción minuciosa de que los franceses han abusado tanto posteriormente. La segunda produjo verdadera sensación. Apareciendo la víspera del gran acto emancipador, traía un nuevo argumento en favor de la reforma, mostrando el estado de enervamiento

y desorganización á que había conducido á la sociedad rusa el despotismo autocrático, elevado á la quinta potencia.

Mucho más célebre que los dos novelistas anteriores, y con razón sobrada, es Turgue-
nef. Hijo de un hidalgo campesino, Ivan Serguieievitch, Turgue-
nef estudió en San Petersburgo, pasando luego á Berlín, en donde «se arrojó de cabeza al Océano germánico»,
como él decía, para quedar purificado y regenerado por todo el resto de su vida. En mil
ochocientos cuarenta y uno, con motivo de haber ido á pasar una temporada con su
madre, que estaba en San Petersburgo, hizo conocimiento con el grupo eslavófilo, cu-
yas tendencias le desagradaron. El czarismo, aun idealizado, le repugnaba. Este senti-
miento de hostilidad debía aumentar progresivamente. Trató, sin embargo, de acomoda-
rse al régimen, admitiendo un empleo en el ministerio de lo Interior; pero cansado del
servicio burocrático, no tardó en abandonarlo. En mil ochocientos cuarenta y siete, el
periódico *El Contemporáneo* publicó su *Khor y Kalinitch*, «Recuerdos de un cazador», que
valió legítima fama á su autor. Este triunfo no reconcilió á Turgue-
nef con un medio que exponía á dolorosos contactos á su alma tierna y soñadora, de suerte que al año
siguiente dejaba á Rusia. En París continuó los *Recuerdos*, fruto de una inspiración reve-
ladora y de un arte de miniaturista, realizado por el dón exquisito de fundir la naturaleza
y el hombre en un todo armonioso. Turgue-
nef fué el primero en su país que vió que el
campesino era algo más que un objeto de piedad: un sér que tenía un alma como todo
el mundo, aunque pensaba y sentía de una manera original. Así, esta alma, ignorada
hasta el fin por Gogol, el eslavófilo, era revelada por Turgue-
nef, el occidental, que de
este modo se convirtió en uno de los agentes más activos de la emancipación, por más
que no atacara directamente la servidumbre; pero bastante hacia con llamar la atención
hacia sus consecuencias. Una breve aparición en su patria, en mil ochocientos cincuenta
y dos, le costó estar preso un mes, con motivo de haber publicado un artículo necroló-
gico y encomiástico de Gogol. Habiendo recobrado la libertad, gracias á la intervención
de madama Smirnova, «Nuestra Señora del Buen Socorro de la literatura rusa», como la
llamaban, fijó su residencia en Baden-Baden, en una finca vecina á otra que habitaba
la familia Viardot-García: había conocido en San Petersburgo á la célebre artista de
este nombre, y contraído con ella una amistad que sólo la muerte debía interrumpir. A
partir de esta fecha, se suceden sin interrupción los cuentos, narraciones y novelas de
Turgue-
nef. Hasta mil ochocientos sesenta, sus obras pueden dividirse en dos grupos: las
puramente artísticas, historias de amor, de invención ó de un realismo bastante trivial,
sin gran alcance moral, ni otro rasgo común que un fondo de excepticismo ó desencanto
(*El primer amor*, *Los tres encuentros*); las de tendencia (*Fausto*, *Rudine*, *Assia*, *El nido de
nobles*), en que retrata distintas variedades de un tipo único, el tipo del hombre en quien
la reflexión domina la voluntad, extinguiendo el poder de obrar. *El nido de nobles* pro-

dujo en Rusia, según se dice, una impresión análoga á la causada por *Pablo y Virginia*
en Francia. Después de mil ochocientos sesenta, abolida la servidumbre, Turgue-
nef presentó frente á frente las dos sociedades rusas, la antigua y la nueva, en *Padres é hijos*,
novela de que en otro capítulo hemos hablado. Con *Padres é hijos* concitó Turgue-
nef contra sí las iras de aquéllos y éstos: cada generación encontró muy parecido el retrato
de la otra; pero en cuanto al suyo propio, lo tachó de indigna caricatura. No contuvieron
al célebre autor las censuras de que era objeto, y en mil ochocientos sesenta y siete pu-
blicó su novela *Humo*, para censurar las estériles agitaciones de su patria. Posterior-
mente, en mil ochocientos setenta y seis, dió á la estampa la intitulada *Tierras vírgenes*,
en donde pintó el nihilismo práctico, como en *Padres é hijos* había pintado el especu-
lativo.

Hacia el fin de su vida, Turgue-
nef tuvo también su crisis moral. Aquel coloso, de
aspecto tan robusto y tan sano, vaciló al borde del tenebroso abismo que había hecho
flaquear la razón de Gogol. Su salud, alterada de pronto, contribuyó sin duda al cambio
que pudo notarse en él. Un mal raro y terrible, un cáncer en la médula espinal, evo-
cando de continuo ante sus ojos el espectro de la muerte, le arrojó en una especie de
misticismo fantástico. Dos novelas que escribió por entonces, *El canto del amor triun-
fante* y *Clara Militich*, revelan la agitación de su ánimo. Imaginemos, dice un historia-
dor, á un excéptico empeñado en levantar el velo que oculta lo incognoscible, y tendréis
idea del Turgue-
nef de los últimos años de su vida. En los «Poemas en prosa», compues-
tos en parte bajo el imperio de las sombrías preocupaciones que atormentaban al emi-
nente novelista y acogidos con bastante frialdad en Rusia, hay, sin embargo, muchas
cosas dignas del Turgue-
nef de los mejores tiempos.

Los escritores rusos aman todos más ó menos la naturaleza; pero en Turgue-
nef este
amor es fusión y compenetración. El autor de los *Recuerdos de un cazador* reconoce,
siente como una parcela de su alma en el viento que agita las ramas de los árboles, en
la luz que ilumina los objetos, de donde nace una impresión de angustia, cuyo extreme-
cimiento se comunica á los lectores. No debe buscarse en la obra del gran artista ruso
ninguna tendencia filosófica general. En esto, Turgue-
nef se distingue de la mayor parte
de los novelistas de todos los países, sin exceptuar los del suyo. No le preocupa el senti-
do de la vida, estando persuadido de que no existe. Schopenhauerista declarado y escri-
tor esencialmente realista, por este rasgo, como también por el de no tratar ó pretender
no tratar sino los asuntos vividos por él ó en los cuales se siente vivir, es más pesimista
aun que su maestro alemán y tanto como Flaubert, con la diferencia de que ama al
hombre tanto como Flaubert lo detesta. El pesimismo de Turgue-
nef es independiente de
su realismo y parece tener su raíz en las circunstancias de su vida de desterrado: no
obstante, ha contribuido, sin duda, á hacerle considerar el amor como una enfermedad,

como un desorden orgánico, no sujeto á ninguna ley conocida. En lo tocante á la ejecución, Turguenef es casi el único novelista ruso que sabe componer, ordenar un relato y desarrollar harmónicamente sus distintas partes. Vese aquí su educación occidental. En las narraciones cortas, tal vez no hay nadie que pueda comparársele. Zola cree que violentaba y desquiciaba su talento cuando dejaba de esculpir sobre finos camafeos el perfil de Apolo.

Turguenef es un artista culto, refinado, que ama sobre todo la proporción y la belleza. Dostoyeuski, por el contrario, es el escritor visionario, el eslavo primitivo, que Vogüe anuncia á sus lectores diciendo: «Aquí viene el escita, el verdadero escita, llamado á alterar los hábitos adquiridos de nuestra inteligencia y á conducirnos de la mano al centro de Moscovia, á la monstruosa catedral del bienaventurado Basilio, recordada y pintada como una pagoda chinesca, construída por arquitectos tártaros y asilo, sin embargo, del Dios que el cristiano adora». Son curiosos los comienzos de la carrera literaria de este autor. Grigorovitch, también principiante entonces, lo llevó á casa del poeta Nekrassof, que se disponía á publicar una revista y andaba en busca de colaboradores. Desconcertado por la glacial acogida de Nekrassof, Dostoyeuski dejó en sus manos, sin pronunciar una palabra, el manuscrito de su primera novela, y echó á correr como un ladrón. Confundido y desesperado, fué á distraer su pena á una de aquellas reuniones, tan frecuentes á la sazón, en que los jóvenes pasaban la noche leyendo á Gogol. Retiróse á su domicilio al amanecer, no pudiendo conciliar el sueño. De pronto, resonó un campanillazo, que le hizo estremecer. Cuando abrió la puerta, Nekrassof y Grigorovich le tendieron los brazos: ¡ellos también habían pasado la noche leyendo su novela! Al día siguiente, Nekrassof llevó el manuscrito á Bielinski: «Anuncio á usted un nuevo Gogol, le dijo.—Brotan hoy como los hongos», contestó el crítico con desconfianza. Leyó, sin embargo, la obra de Dostoyeuski y llamó á su autor: «¿Comprende usted lo que ha escrito?», le preguntó.

Esta primera novela de Dostoyeuski es la intitulada *Las pobres gentes*: su éxito fué extraordinario. Aunque era evidente que había sido sugerida por *El abrigo*, de Gogol, superaba á su modelo en energía, en profundidad y en tristeza. Dostoyeuski no se libró de la fatalidad que perseguía á los escritores rusos. Detenido por supuesta conspiración política, al cabo de ocho meses de cárcel, le condujeron con otros veintinueve compañeros de infortunio á la plaza de Siemenovski, en donde habían levantado un cadalso: les leyeron la sentencia de muerte; y considerábanse perdidos sin remedio, cuando se les comunicó que el Czar conmutaba esta pena por la de trabajos forzados. Dostoyeuski estuvo cuatro años en presidio y tres en un regimiento como simple soldado, pasados los cuales se le concedió, con el grado de oficial, el permiso de residir en Tver y después en San Petersburgo. Desde muy joven, padecía alucinaciones y ataques periódicos de epilepsia. Por

rara fortuna, los males reales del presidio vigorizaron su cuerpo, templaron sus nervios y casi equilibraron su espíritu: él mismo decía que aquellos años de martirio le habían librado de caer en la locura. Recobrada la libertad, escribió una nueva novela, *Humillados y ofendidos*. Esta obra no aumentó su fama, que, en cambio, subió á la cumbre con *La Casa de los muertos*, pintura dantesca del sombrío lugar de dolor en que había extinguido su condena, composición extraña y original, modelo de plasticidad y realismo, profundo estudio de psicología criminal. En el fondo del pensamiento y sentimiento de los escritores rusos, se descubre la idea de que el crimen es una desgracia y no una falta, juntamente con la del poder soberano de la expiación. Estas ideas dominan la labor entera de Dostoyeuski, y la vida de presidiario contribuyó á que se destacasen con más precisión en su espíritu, obligándole á aceptar las consecuencias lógicas, aunque extremas, que de ellas se deducen. Los condenados por delitos comunes que encontró en la prisión, no pensaron un solo instante en otorgarle el beneficio de una consideración moral superior: ellos habían violado una ley: él había infringido otra: á sus ojos, el caso era el mismo. Dostoyeuski experimentó viva sorpresa. Estaba dotado de imaginación romanesca y de exquisita sensibilidad; pero carecía de instrucción filosófica, de modo que dejése influir fácilmente por la atmósfera moral del medio, en donde flotaban ideas religiosas y místicas, tomadas del depósito común de la vida rusa en las clases populares. Así, después de haberse negado á confesar al pie del patíbulo, le vemos leyendo en unión de algunos criminales de alma sencilla un ejemplar de la Biblia, que la mujer de un *decembrista* le había regalado en el camino del destierro, llegando no sólo á resignarse, sino á reconocerse culpable. Aquí está la explicación del hecho que señala la señora Pardo Bazán, cuando aludiendo á la impresión trágica que causa el círculo de hierro, el infierno siberiano, dice: «La acrece la serenidad aparente del poeta, su dulzura, su conformidad semi-budhista. Con su inseparable Evangelio en la mano, sale Dostoyeuski de la mansión triste sin rencores, sin protesta ni cólera: es más: sale afirmando que la prueba le ha sido útil; que le ha regenerado en alma y cuerpo; que en el presidio es donde aprendió á amar á sus hermanos y á descubrir la chispa de bondad y nobleza encendida por Dios en el alma de los réprobos y criminales, á comprender la caridad hasta la insensatez y la compasión hasta el delirio, á amar, en suma, único sentimiento que puede redimir á los mismos condenados».

Después de *La casa de los muertos*, escribió Dostoyeuski *Los energúmenos*, *El idiota*, *Crimen y castigo*. Esta última novela es la más conocida fuera de Rusia: he aquí el argumento. Un joven estudiante mata á una vieja prestamista, creyendo lícito sacrificarla en aras de su bienestar; pero, en vez de hallar la felicidad que se prometía, el remordimiento desgarró su alma con sus uñas de acero. Una niña humilde, piadosa, una pobre meretriz, desdichada criatura, vendida tempranamente para dar pan á su familia, le redime